La faz serena
Vuelve algun rato
Largo hablan ellas;
Mas en volviendo
Á la aula régia
El mismo príncipe
Ellas se aquietan.
En días comunes
Sólo una suena,
Mas en las fiestas
Varias se agregan

SEXTO SABADO.

Nuestra Señora de Pontmain.

Tercera parte de la inscripción.—Varios cánticos.—El Crucifijo.—Desaparece la visión.

NIÑAS: Después de cantadas las letanías, entonaron la *Inviolata*, que es una antífona muy hermosa en honor de la Virgen inmaculada, que empieza con esa palabra, y entónces vieron los niños que comenzaban á formarse nuevas sílabas en una segunda faja ó nuevo renglón debajo del primero: como á la mitad del canto leyeron estas dos paladras, MI HIJO, lo que les hizo exclamar:

"claro es que la hermosa Señora que estamos mirando, es la madre de Dios." Sí, sí, clamaba la multitud: ella és, ella és, es la Virgen María! Continuaron la antífona, y después siguieron cantando la Salve Regina, y las letras seguian, y seguian apareciendo y formándose; hasta que, al fin del canto los niños leyeron: MI HIJO SE DEJA MOVER. Todos los asistentes, sumamente impresionados, guardaban silencio, llenos de gratitud y de confianza en aquella consoladora expresión. Vamos entonando un cántico en honor de la Santísima Virgen, dijo el venerable Cura, y Sor Eduarda comenzó un cantar que decía:

Madre de la esperanza
Pues tan dulce sois vos,
Proteged nuestra Francia,
Rogad, rogad por nos.

Parece que este cántico le fué muy agradable á la Virgen inmaculada porque entónces comenzó á mirar á los niños con una sonrisa cada vez mas dulce y mas graciosa. "Mirad como rie! mirad como rie!" decían los niños, "oh y cuán linda es, y cuán preciosa!" Diez minutos después de terminado el cántico, desapareció completamente el letrero. Entónces comenzaron á cantar otros versos que decían:

Oh mi Jesús dulcísimo! el tiempo ya ha llegado
De conceder perdón al hombre arrepentido;
Nunca más de nosotros ya serás ofendido,
Así lo prometemos, ¡oh mi Jesús amado!

Los niños echaron de ver que mientras esto se cantaba, la Santísima Virgen iba tomando un aire de tristeza, como si pensáse entónces en las innumerables y enormes iniquidades de los hombres. Vieron en seguida irse formando una cruz roja, como de tres cuartas de tamaño, con un Crucifijo del mismo color; y luego la Virgen tomándolo en sus manos, y teniéndolo un poco inclinado hacia los niños, como que hacía ademán de mostrárselos ó representárselos. Debajo del Crucifijo y con letras también rojas, decía "*Jesucristo.*" Al punto una de las estrellas que estaban debajo de la Santísima Virgen, desprendiéndose del grupo, fué á encender cuatro velas que se miraban junto á la Señora, dos á la altura de sus rodillas, y dos, á la de sus espaldas. Cantaron entónces el *Ave maris Stella*, y durante él desapareció el Crucifijo, y la Aparición volvió á tomar el aspecto de la Inmaculada Concepción, y á sonreir dulcemente á los niños. Concluido esto dice á todos el Señor Cura: hijos míos, "vamos ahora á rezar juntos las oraciones de la noche." Así lo hicieron y al llegar al examen de conciencia que forma parte de esas plegarias, fué saliendo un velo blanco por debajo de los piés de la santísima Virgen, el cual la fué envolviendo hasta que desapareció. Eran las ocho y tres cuartos de la noche, y la visión había durado dos horas y media.

Aquí tenemos, niñas, muchas cosas que notar: 1º, ¡cuán hermosos son los cantos á la santísima Virgen, y cuán agradables le son! 2º, cuán legítimo es el culto que le tributamos, y cuán bueno es encender velas ó lámparas á sus imágenes, pues las estrellas bajan á encenderlas. 3º, cuán dignos de llorar son los pecados, pues á ella misma, que es causa de nuestra alegría, la entristecen. 4º, cuán bueno y digno es para los niños tener un Crucifijo, y meditar en su Pasión, pues la Santísima Virgen se los muestra y presenta. 5º, cuánto le agrada el Himno del Ave maris Stella, que para que lo aprendais de memoria y lo receis, os lo pongo aquí, despidiéndome hasta el sábado inmediato.

El Ave Maris Stella.

¡Ave, del mar estrella,
De Dios Madre sagrada,
Virgen siempre y por siempre
Puerta del cielo santa!
Ya que el ave del ángel
Escuchas humillada,
Funda en paz á tus hijos,
Y el nombre de Eva cambia.
Al reo sus lazos suelta,
Al ciego dá luz clara,
Nuestros males ahuyenta,
Todo bien nos alcanza:
Muestra que tú eres Madre;
Por tí nuestras plegarias
Reciba el que ser quiso
Fruto de tus entrañas:
Virgen única en todo,

De todas la mas mansa,
Suelta el alma de culpas
Házla tú mansa y casta,
Préstanos vida pura
Y vía segura y llana,
Por ver á Jesús, juntas
Y alegres nuestras almas.
Sea alabanza á Dios Padre,
Y á Jesús honra dada,
Y al Espíritu igualmente,
Trinidad una y santa. Amén.

SEPTIMO DOMINGO.

Vida de una Santita de nueve años.

VII.

Desea la Confirmación.—Se aplica al estudio para lograrla.—Confiésala el Obispo y confírmala.—Una anécdota graciosa.

LOS gérmenes de piedad cristiana que la mano de Dios acababa de depositar en el corazón de Josefina, no tardaron en desenvolverse de una manera sensible. Luego que veía á Monseñor le decía: Querido Obispo, querido papá, dame la Confirmación.

—Pero, hija mía, comienza por regocijarte de la felicidad del bautismo, que ha arrojado al de-

monio de tu corazón; y ¿no estás contenta todavía?

—Sí, querido Obispo, estoy muy contenta, ya no tengo al demonio en el corazón; pero él procura manchar mi alma y no tengo bastante fuerza para combatirlo.

—Bueno, pues estudia el catecismo con empeño, y si para Pentecostés estás ya preparada, yo vendré á confirmarte. A estas palabras, ya no cabía de gozo la sencilla niña.

—Gracias, muchas gracias, exclamaba palmoteando con sus manecitas; yo estudiaré mucho y aprenderé pronto, porque el ángel de la guarda me ayudará.

En efecto, Josefina redobló su aplicación; pero en el intervalo fué atacada de una grave enfermedad, de la cual apenas se había levantado la víspera de Pentecostés: su seguridad de recibir la confirmación no fué perturbada. No tengo miedo, decía sin cesar; Jesús me ayuda, Jesús me dá fuerzas.

Pocos días antes de la fiesta, vino Monseñor á ver á las dos neófitas.

—Querido Obispo, le dijo inmediatamente Josefina, para la Confirmación me confieso contigo.

—Yo también lo quiero, hija mía.

—¿Cuándo vendrás?

—En la misma mañana de la fiesta, antes de misa.

—Muchas gracias: en el ínterin me prepararé como conviene.

El día fijado oyó Monseñor su confesión y la confirmó.

La angélica niña se presentó á la ceremonia con el vestido blanco de su bautismo, pues tenía una especie de veneración religiosa hácia este vestido, no permitía que lo tocara mas que su mamá y lo besaba con mucha ternura. "Mi querido Obispo, decía, me ha dado este vestido blanco; él lo ha tocado, sí, lo ha tocado con sus propias manos. Mamá, guarda bien el vestido de mi bautismo."

El buen Pastor venia frecuentemente á ver á sus nuevas ovejas, y parecía encontrar sus delicias en conversar con ellas. Hé aquí á este propósito una anécdota muy graciosa:

Un religioso de edad madura y de aspecto grave, acompañaba á Su Señoría en una de sus visitas. La inocente familiaridad de que la querida niña usaba hácia el Prelado, le pareció algo como una falta al respeto debido á su dignidad.

—Basta, basta; ya es demasiado, le dijo á Jofina con tono serio y con ademán severo.

Esta reprensión hirió vivamente á la niña.

¡Qué! ¡querer poner trabas á los desahogos de su ternura y de su reconocimiento! Sin dejar la mano del Obispo que ella apretaba mas fuertemente, la noble africana, lanzando sobre el censor importuno una mirada fulminante, exclamó:

—¡Es demasiado! ¡es demasiado! No es demasiado ni bastante para mi querido Obispo, que es mi papá, que me ha bautizado, que ha lavado mi

alma, que ha arrojado al demonio, que me ha abierto el cielo y que me ha hecho hija de Dios. ¿Quién te ha dicho que es bastante? Después, suavizando la voz: Querido Obispo, tú eres muy bueno! Y así diciendo, la tierna niña no cesaba de prodigar caricias á su venerado padre.

Por entónces no dijo más Josefina; pero la primera vez que volvió á ver á Monseñor: "Querido Obispo, le dijo, hazme el favor de no traer otra vez al que dice: Basta, basta."

—Pero ¿por qué, hija mía?

—Porque no quiere que haga yo caricias á mi papá. No quiero á ese hombre; yo rezaré por él, pero déjalo en su casa. Siempre que el buen Pastor se retiraba del claustro la pobre niña comenzaba á llorar, ella hubiera querido que viviera allí con ella ó que él la llevara consigo. Me decia: Mamá, ¿te agradará que me vaya con el Obispo? déjame ir, mamá; él me enseñará á predicar, y después voy á enseñar y á bautizar á todas esas malas gentes, allá en la tierra de los árabes.

Aprended aquí vosotras, mis buenas niñas, á desear y procurar también recibir el grandioso sacramento de la Confirmación. Y si ya lo habeis recibido dadle al Señor las gracias por ese nuevo beneficio. Amad mucho al Papa, á los Señores Obispos, y á los sacerdotes. Niña que quiere á los sacerdotes, y los mira y los trata con respetuosa confianza, no puede menos de ser muy querida ella de Dios.

LAS HORMIGAS.

VII. Sus habilidades infunden esperanza en Dios.—Su previsión de lo futuro.—Cómo fabrican su morada.—Cómo reparten el trabajo.—Cómo conservan los granos.—Cómo se citan en días fijos.—Cuán vivo tienen el olfato.

Después de aquella general pérdida y desnudéz que nos vino por aquel común pecado, el principal remedio que nos quedó fué la esperanza en la divina misericordia, como lo significó el Profeta cuando dijo: En paz dormiré y descansaré seguro; porque tú, Señor, singularmente pusiste mi remedio en tu esperanza. Para esforzar esta virtud tenemos muchos y muy grandes motivos de que no es ahora tiempo de tratar, mas entre éstos no pienso que mentiré, si dijere que no poco se esfuerza esta virtud con la consideración de las habilidades admirables que el Criador dió á un animalillo tan despreciado, tan vil y tan inútil, como es una hormiguilla: la cual, cuanto es mas pequeña, tanto más declara el poder de quién tales habilidades puso en cuerpo tan pequeño. Porque primeramente, siendo verdad que los otros animales comunmente no tienen mas cuenta que con lo presente, porque alcanzan poco de lo futuro y de lo pasado, como dice Tulio; pero este animalillo, á lo ménos por obra, siente tanto de lo que está por venir que se provee en el verano, como vemos, para el tiempo del invierno. Lo cual plu-

guiese á Dios imitase la providencia de los hombres, haciendo en esta vida provisión de buenas obras, para tener de qué gozar en la otra, conforme á aquel consejo de Salomón, el cual nos amonesta que hagamos con toda prisa é instancia buenas obras, porque en la otra vida no hay el aparejo que en esta para hacerlas. Y por no hacer los hombres esto que las hormigas hacen, vienen después á experimentar aquella profecía del mismo Salomón, que dice: El que allega en el tiempo del estío, es hijo sabio: mas el que se echa á dormir en este tiempo, es hijo de confusión; porque el tal se hallará confundido y arrepentido al tiempo de dar la cuenta. Así se hallaron confusas aquellas cinco vírgenes locas del Evangelio; porque no proveyeron sus lámparas de olio con tiempo.

Mas tornando al propósito, esta es la primera habilidad de las hormigas. La segunda es, que sin mas herramienta ni albañil que su boquilla, hacen un alhoí ó asilo debajo de la tierra, donde habiten y donde guarden su mantenimiento. Y aun este alhoí no lo hacen derecho, sino con grandes vueltas y revueltas, á una parte y á otra, como se dice de aquel laberinto de Dédalo, para que si algún animalejo enemigo entrare por la puerta, no las pueda fácilmente hallar, ni despojar de sus tesoros. Y con la misma boquilla que hicieron la casa sacan la tierra, y la ponen como por vallado á la puerta de ella.

Cuando van á las parvas á hurtar el trigo, las

mayores como capitanes, suben á lo alto, y tronchan las espigas, y échanlas donde están las menores, las cuales, sin más pala ni trilla que sus boquillas, las mondan y desnudan, así de las aristas, como de las vainicas donde está el grano, y así limpio y mondado, lo llevan á su granero, asiéndolo con la misma boca, y andando hacia tras, estribando con los hombros y con los piés para ayudar á llevar la carga. Para lo cual, como dice Plinio, tienen mayor fuerza segun la cantidad de su cuerpo, que todos los animales. Porque apenas se hallará un hombre que pueda caminar un día llevando á cuestas otro hombre, y ellas llevan un grano de trigo, que pesa mas que cuatro de ellas, y perseveran en llevar esta carga, no sólo todo el día, más también toda la noche. Porque son tan grandes trabajadoras, que juntan el día con la noche, cuando está la luna llena. Mas ¿qué remedio, para que el trigo estando debajo de la tierra no nazca, mayormente cuando llueve? ¿Qué corte diera en esto un hombre de razón, presupuesto que el grano había de perseverar en el mismo lugar? De mí confieso que no lo supiera dar; mas sábelo la hormiguilla enseñada por otro mejor maestro. Porque roe aquella punta del grano por donde él ha de brotar, y de esta manera lo hace estéril é infructuoso. Hecho eso, ¿qué remedio para que la humedad, que es madre de corrupción, no lo pudra estando debajo de la tierra mojada? También saben su remedio para esto. Porque tienen cuidado de sacar al sol su depósito los días serenos, y después de enjuto lo vuelven á su granero. Y con esta diligencia muchas veces repetida, lo conservan todo el año. Otra admirable diligencia se escribe de ellas; porque no sólo se mantienen del grano, sino de otras muchas cosas, y cuando éstas son grandes, hácenlas pedazos, para que así las puedan llevar. Otra cosa se escribe de ellas admirable: y es, que cuando andan acarreando sus vituallas de diversos lugares, sin saber unas de otras, tienen ciertos días que ellas reconocen, en que vienen á juntarse como en una feria, para reconocerse y tenerse todas por miembros de una misma República y familia, sin admitir á otras. Y así acuden con gran concurso de diversas partes á esta junta á reconocerse, y holgarse con sus hermanas y compañeras.

Son en gran manera amigas de cosas dulces, y tienen el sentido de oler tan agudo, que do quiera que esté, aunque sea una lanza en alto lo huelen y buscan. Para lo cual tienen otra estraña habilidad: que por muy encolada y muy lisa que esté una pared, suben y andan por ella como por tierra llana.

(Fr. Luis de Granada.)

7ª Fabula.

La Mariposa y el Grillo.

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.)

Desplegando sus alas de rosa
Do brillaba del oro el primor;
Va volando gentil mariposa
Visitando una flor y otra flor:
Sepultado en su gruta profunda
Noble grillo empezó á meditar
Cuál la vida en peligros abunda
Y cuán triste es el mundo habitar;
Se diría que era nn monge en su choza
Negro el manto y austera la faz,
Que mirando á la infiel mariposa
Presagiaba su dicha fugaz.
¿Dónde vá, se decía, la insensata
Rebosando de dicha y placer?
Ya verá cuál la suerte la trata
Y cuán pronto vendrá á perecer.
Y así pasa: unas niñas traviesas
Admirando su hermoso brillar,
La persiguen y la hacen mil piezas
Al quererla cada una mirar.
Ved aquí, dijo el grillo en su ermita,
A qué expone el correr y el volar!
Feliz niña que á mí fiel imita
Recogida viviendo en su hogar.

10ª ADIVINANZA.

Soy flaco, seco y enjuto
Muy palido ó amarillo
Luego de blanco sencillo
Me ostento y también de luto
Cuando soy mas pobrecillo,
Cuando soy rico y con oro
Relumbro naturalmente
Y aunque quieran que me siente
Parado yo vivo y moro.
Soy de la luz tan amigo
Que siempre quiero tenerla
Y cual si fuera á comerla
Con la boca la persigo.
Siempre mi costumbre és
Con mis iguales morar
Y en alto me gusta estar
Parado en uno ó tres piés.

11ª ADIVINANZA.

Suspenso, silencioso
Ora derramo espléndidos cambiantes
Del sol á los destellos fulgurantes,

Ora en saco polvoso
Envuelto vivo en lánguido reposo:
Mas en solemnes días,
O en las noches de fiesta y regocijo,
Me desvisten y limpian, y de fijo
En los brazos me ponen mil bujías,
Que aumentan con su luz las alegrías.
Mas de subir y de bajar cansado
Al fin perezco, inútil ó estropeado.

SEPTIMO SABADO.

Nuestra Señora de Pontmain.

Concurso de peregrinos.—Erección de la estatua.—Noticia de los niños.—Decreto episcopal.

ACABADA de contar la admirable aparición de la Santísima Virgen en la aldea de Pontmain, sólo falta, amadas niñas, el deciros algo de lo que á ella se siguió. Caminando, pues, como el rayo la noticia de este extraordinario acontecimiento, un gran concurso de visitadores comenzó á establecerse, y la autoridad diocesana tuvo que intervenir en ello. El Señor Obispo de Laval, que se llamaba Casimiro Alejo José Wicart, después

de varias requisitorias en que se oyeron testigos jurados, y después de pensarlo y consultarlo, publicó una hermosa carta pastoral donde hablaba largamente del asunto, y al fin decretó de esta suerte: "Juzgamos que la inmaculada Virgen María, Madre de Dios, ha aparecido verdaderamente en la aldea de Pontmain, el día 17 de Enero de 1871, á los niños Eugenio Barbedette, José Barbedette, Francisca Richer, y Juana María Lebossé. Y con toda humildad y obediencia, sometemos este juicio, al juicio de la Santa Sede Apostólica, centro de la unidad, y órgano infalible de la verdad en toda la Iglesia, también autorizamos el culto de la bienaventurada Virgen María, en nuestra Diócesis, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Esperanza, de Pontmain."

En cuanto á los niños, el niño Triteau que también se llamaba Eugenio, murió á la edad de seis años seis meses, el día 5 de Mayo de 1871: los otros hicieron su primera comunión el día 14 del mismo mes y año, con los sentimientos de una piedad angelical: los niños comenzaron los estudios al lado del Señor Cura; las niñas Pachita y Juanita continuaron de pensionistas en el colegio de las buenas Hermanas. Al año preciso de las escenas referidas se erigió en Pontmain una estatua grande y muy hermosa á la Santísima Virgen, representando la aparición. Concurrieron este día á la modesta aldea ciento cincuenta sacerdotes, y ocho mil peregrinos: la estatua se bendijo y colocó á las siete de la noche, á la misma

hora que la Reina de los cielos se había dignado aparecer. La granja de Cesar Barbedette, padre los niños, fué primorosamente compuesta é iluminada; recitáronse las preces y se repitieron los mismos himnos y cánticos que se habían empleado hacía un año cuando la aparición; después salió una hermosa procesión en la cual iba un estandarte donde estaban primorosamente representadas las diversas faces que se habian mostrado á los niños en aquella noche felíz.

Y aquí damos fin á esta linda historia, verdadera en todos sus detalles, volviendo á exhortaros, amadas niñas, á ser muy devotas de la Santísima Virgen, á asistir á sus fiestas, á visitarla en sus iglesias, á cantar cánticos en honor suyo, y á no dejar jamás, ni un sólo día de rezar su rosario. Es una oración tan bella como sencilla, que le agrada mucho á la Virgen María, y que el Sumo Pontífice ha recomendado varias veces que se rece en las familias cristianas. Las niñas fieles en rezar siempre el rosario, verán algún día con sus ojos, la inefable hermosura de la Madre de Dios, no ya como Francisca y Juanita, en el aire y sólo por tres horas, sino en el cielo y para siempre.

Adios, mis amiguitas; que el Señor os bendiga!

OCTAVO DOMINGO.

Vida de una Santita de nueve años.

VIII.

Su fidelidad á la gracia.—Sus labores de manos.—Su actitud durante la oración.—Quiere ir á comulgar por ver á las otras.—Deseos de la comunión.—La recibe.—Efectos que en ella causa.—Dolor cuando no puede comulgar.

EL aumento de la gracia en el corazón puro de Josefina era incesante, y su fidelidad en corresponder, admirable, pues manifestaba tanta cordura en sus acciones como ternura en sus dotores. Sus enfermedades, se puede decir, se sucedían sin interrupción; le acontecía estar un poco aliviada y entónces se sentaba en su cama y continuaba su labor, y todas sus obras eran muy notables, tanto por su finura como por su exquisita limpieza.

Las conversaciones de Josefina eran sólidas y llenas de buen sentido, las ligerezas le inspiraban mucho disgusto; algunas veces reprendía á María su compañera porque le gustaba reir y divertirse con exceso.

María, ¿qué haces? le decía con tono serio. Basta, basta ya de charla, es mejor hablar con Jesús

y estudiar el catecismo. Jamás su estado de padecimiento le hizo omitir sus ejercicios diarios de piedad, ni le impidió cumplirlos con su fervor acostumbrado.

Nada mas tierno que la actitud piadosa y recogida de Josefina durante la oración; cuando estaba en la iglesia conservaba una inmobilidad sorprendente y no podía resolverse á separarse del lugar santo. Déjame todavía un poco con Jesús, me gusta mucho estar aquí, decía la piadosa niña cuando se le obligaba á salir de allí. Sus comuniones espirituales y sus aspiraciones á Dios eran sin intermisión.

Esto me trae á la memoria una ocurrencia muy graciosa anterior á su bautismo.

Recien llegada Amna á nuestro lado, notó en el coro á las religiosas que se dirigían cada una á su vez á la ventanilla por donde se recibe la santísima comunión. ¿Por qué van las hermanas allí? preguntó á su maestra.

—Van á recibir á Jesús.

La niña oyó y guardó silencio; pero al día siguiente, no bien vió á las religiosas dirigirse á la ventanilla, cuando ella también se levanta, junta sus manecitas y se pone en disposición de seguirlas

—¿Dónde vas? le preguntó la maestra.

—A recibir á Jesús.

—Nó, nó, tú no estás todavía bautizada y no puedes recibir á Jesús.

—A besarlo, á besarlo, repetia la niña muy mortificada, queriendo decir: Si yo no puedo tener la

dicha de recibir á Jesús, al menos no se me niegue besarlo.

Bien se comprenderá que su petición no podía ser escuchada; por lo cual quedó la niña inconsolable. Tal era la inclinación de Josefina aun antes de su bautismo, por la santa comunión, que no conocia límites su impaciencia por unirse al Dios de amor.

—Querido Obispo, decía á Monseñor siempre que lo veía, si tú eres mi verdadero papá, si tú me amas, hazme la gracia de darme á mi Jesús; yo no puedo estar sin mi Jesús.

—Ya eres toda de Jesús, ¿qué más deseas? Por ahora debes de estar satisfecha.

Nó, nó, yo no estoy satisfecha mientras no reciba á Jesús en mi corazón.

Entónces, teniendo sus manecitas en actitud de una pobre suplicante: Querido Obispo, exclamó, hazme esta caridad, dame pronto á mi Jesús; y las lágrimas sofocaron su voz.

¿Qué medio de resistir á tales instancias?

Además, un concienzudo examen, acababa de justificar la capacidad y la instrucción de la niña suplicante. Monseñor fijó, pues, para su primera comunión el día 23 de Junio del mismo año de 1854, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

Esta noticia arrebata á la santa niña, su corazón se inunda en reconocimiento y alegría; se confunde, dando las mas afectuosas gracias, y en la embriaguez de su dicha, ruega á su querido papá venga á confesarla para ese día solemne.